

LLAMADOS, ES DECIR, ENVIADOS: EL INICIO DE LA MISIÓN

Jornada de apertura de curso

Madrid, 5 de octubre de 2024

Para empezar, me gustaría partir del camino que hemos hecho juntos el año pasado, un año muy intenso, lleno de dolor y de alegría a la vez, que personalmente agradezco mucho a Dios.

Siguiendo la invitación del papa Francisco a «descubrir» la profundidad e integridad del carisma, en la Jornada de apertura del curso pasado se nos puso delante el punto central que da origen a una experiencia humana plena: el encuentro con Cristo y la mirada de fe –vivir de la fe– a la hora de vivir la vida de todos los días. Estamos en camino. Solo la conciencia de estar en camino permite construir una historia. La historia del lugar con el que Cristo quiere acompañar nuestra vida. Seguir esa historia nos permite hacer cada vez más nuestro el carisma que se nos ha dado para que nuestra vida sea plena. Un carisma que renueva mi vida y que es también para la renovación de la Iglesia y su incidencia en la vida de los hombres. Una vida que supone una concepción nueva de la realidad, dentro del mundo, una cultura nueva –este ha sido otro paso importante del año– que desafía y da esperanza a la vida de los hombres.

En continuidad con este camino, el paso que queremos dar es la consideración de la tarea histórica a la que se nos llama, comunicar a todos el contenido de la fe: **«Llamados, es decir, enviados: el inicio de la misión».**

1. Cristo es “el” enviado del Padre y nos involucra en su misión

Dice Giussani: «La gran llamada [...] que Dios ha llevado a cabo para cumplir su designio en el mundo es la llamada de Cristo [...] Si un hombre cualquiera que hubiera vivido en los tiempos de Cristo, tras conocerle, le hubiera dirigido la pregunta: “Pero ¿tú quién eres? ¿Cuál es tu nombre?», Jesús habría podido responder: “Yo soy el enviado del Padre”» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 65). Cada expresión, cada gesto, cada mirada de Jesús refleja esta conciencia de ser el enviado del Padre.

La misión de Cristo, por tanto, consiste en hacer visible el designio y el amor del Padre, en testimoniar su relación con el Padre, en comunicar a los hombres y mujeres de su tiempo y de todos los tiempos, amándolos, ese amor del Padre que lo genera constantemente.

Cristo nos hace conocer al Padre, fuente de su amor, en el modo que tiene de relacionarse con las cosas, en la forma que tiene de mirar y amar a quienes encuentra. Una mirada reveladora de lo humano que, dice don Giussani, es el mayor signo de su divinidad. Miremos cada uno de nosotros si nos ha sucedido así. La excepcionalidad que se me mostró a través de Carras, cuando entró a dar clase en el colegio donde yo cursaba el bachillerato, no era

expresión de sí mismo. Pude ver algo que era excepcional porque nadie había hablado de un modo tan correspondiente a la radicalidad de las exigencias que se habían despertado en mi vida a través de lo que me había tocado vivir: ¿es posible amar sin el temor a perder aquello que amas, sin perderlo de verdad? Ver que era posible fue lo que más me impresionó, una experiencia de otro mundo dentro de este mundo, que me hizo decir un día: “Yo de este hombre no me separo”. No era él, sino a quien él seguía y que había salido a mi encuentro.

Por eso estamos aquí, hemos sido objeto de la mirada de Cristo. Pero –atención– no solo eso: **Cristo nos involucra a cada uno en esa tarea:** «Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo (...) para que el amor con el que me has amado a mí esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17,18.23). Por tanto, también **nosotros, igual que los primeros, somos llamados**, es decir, enviados. Hemos sido elegidos: «Mateo, sígueme» (cf. Mt 9,9). Cada uno puede poner aquí su nombre.

Hemos sido llamados a través de un milagro, un hecho que remite a Dios. Hemos visto el acento de lo divino en un signo humano, a través del que nos ha llegado y nos llega el abrazo y la preferencia de Cristo por cada uno. La sorpresa de que el Señor ha venido a buscarme a mí –como a Mateo, Zaqueo o la Samaritana–, ha venido a buscarme a través de ese pequeño gran signo de su presencia que es Carras, ha venido a buscarme a mí para hacerme partícipe de su vida.

La vida es vocación porque es respuesta a una llamada. La implicación de Dios en mi vida pasa por un lugar preciso, carnal, grande y limitado. Ser consciente de esta gran gracia te lleva a responder, a mirar a ese comienzo nuevo de ti mismo y de tu vida –Cristo– que ha venido a tu encuentro. Una conciencia nueva de ti mismo que te permite decir: “te pertenezco, mi vida consiste en participar de la tuya, quiero seguirte para conocerte”. Por eso, lo dejamos todo. Se llega hasta este punto: lo dejo todo para seguirte, porque solo contigo puedo amar de verdad todo lo que amo. Recuerdo, como si fuera hoy, una de las primeras veces que oí hablar a don Giussani, cuando yo tenía 17 años. Habló de la virginidad, de esta mirada de Cristo, de la manera de poseer la realidad que tenía Cristo, para el cual todo era digno de ser amado, como expresión del amor del Padre. Me fascinó, porque era para todos.

¡Ese es el punto! Este encuentro da inicio a una vida nueva. Para nosotros hoy, mediante el encuentro con la Iglesia de Cristo, es lo mismo: el hecho de que tú estés aquí se debe a que has sido elegido, llamado por tu nombre.

Si estamos aquí es porque –en el colegio, en la universidad, en el trabajo, en la parroquia, en la familia, en el barrio– nos hemos encontrado con una persona o con un grupo de personas, para las cuales el participar de una vida de comunión hacía de sus vidas algo tan pleno, tan verdaderamente humano, que nos ha movido a seguirles, a estar con ellos, para poder participar también de algo humanamente imposible, una mirada por fin humana y gratuita hacia nuestras vidas.

Efectivamente, gracias al encuentro con Cristo, toda tu historia es abrazada, sin tener que censurar nada, ningún dolor. ¿Existe algo de lo que haya hecho que no entre dentro del abrazo

de Cristo? Cristo no tiene miedo de mi mal, del hecho de que somos continuamente arrastrados por nuestra debilidad. Tampoco tiene miedo de que no sepamos querer, de que nos resulte insoportable el mal que vemos –también el que hacemos o el que nos hacen–, de que no sepamos perdonar y, mucho menos, perdonarnos a nosotros mismos. Porque todo eso acontece en relación con él, porque es una presencia concreta a la que puedo mirar a la cara dentro de esta compañía. De ahí nace un atrevimiento ingenuo y una ternura hacia ti mismo que es una sorpresa, ya no haces objeción de ti mismo.

Esta diferencia es un don ofrecido al mundo. Nosotros, claramente frágiles y limitados como somos, no tenemos nada que ofrecer más que lo que ya recibimos, es decir, no tenemos nada que sea nuestro, que venga de nosotros. La fuente de nuestra diferencia en el ambiente donde estamos es –por usar una expresión del papa Francisco– la «fidelidad creativa» a un encuentro, a una fuente, a un don del Espíritu. Y esa fuente vive en un lugar y en una historia: nuestra comunión en Cristo.

2. Una comunión vivida

A esta llamada hay que responder. Nada puede suceder sin nuestra libertad. Pero, atención, no basta con decir “sí” una sola vez. En el reconocimiento de un amor, siempre está en juego nuestra libertad. Como Carras ante esta última gran prueba de su vida. Igual que Pedro ante Cristo, cuando le preguntó si le amaba, tuvo que repetir su “sí” tres veces, del mismo modo tenemos que repetir cien, mil veces, todos los días, nuestro sí a su amor. «¿Tú me amas?». En la memoria de Cristo –porque la memoria es responder a esta pregunta que Cristo presente nos hace en el instante que nos toca vivir– las cosas se hacen verdaderamente nuevas y bellas. La fuerza de la memoria permite que la libertad –en cualquier circunstancia– se adhiera a Cristo presente.

En los meses de enfermedad de Carras, he podido reconocer que todo forma parte de la llamada del Señor. Él, aceptando con paz el sacrificio de su enfermedad decía: «¡Quién lo iba a decir!, en esta situación es necesario mirar siempre a la única cosa que importa, “ya vivamos, ya muramos, somos del Señor”. Cristo no es una imaginación, es una presencia real». Una vez me dijo con un hilo de voz: «¿Ves? Somos nada, pero estamos juntos y estamos juntos en Cristo». En efecto, entre nosotros, vivimos una verdadera comunión, concreta, rica en afecto.

He podido reconocer la belleza vencedora de uno que vive de la fe en la carne, sin censurar el dolor ni la muerte sino dentro de ellos. Ha nacido en mí una súplica verdadera para que esta mirada sea permanente entre nosotros, dentro de la normalidad de vida cotidiana, con toda sus precariedades y debilidades.

Por tanto, el encuentro con Cristo sucede hoy topándose con una comunión de gente que está ligada a Él, que forma parte de Él. La palabra «comunión» indica la permanencia en la historia del acontecimiento de Cristo y, por tanto, la posibilidad de vivir la misma experiencia de verdad, correspondencia y plenitud que los primeros que lo conocieron. Una experiencia

así es la que nos hace no arrojar a Cristo fuera de la historia, cediendo a cualquier forma de espiritualismo, donde Cristo ya no es una presencia que determina el aquí y el ahora. Cuando es así, la relación con Cristo se reduce a algo meramente individual y la compañía a un ámbito asociativo que me da algo cuando lo necesito.

En cambio, la comunión es el método que Dios ha elegido para seguir presente en la historia. Cristo es una presencia viva que nos acompaña y que podemos seguir, que nos ofrece criterios para afrontar y juzgar todo lo que nos toca vivir, ahora.

En este sentido es precioso lo que el cardenal Pizzaballa dijo en el Meeting: «Ahora debo llevar esta experiencia de la encarnación, de la humanidad de Cristo, del encuentro con Cristo, dentro de la realidad que vivo ahora (...). Ante todo, para mí personalmente, significa preguntarme continuamente qué me dice Jesús en este momento. Debe convertirse en criterio de lectura de cada situación de dolor, de división, de fatiga, en todos los sentidos, de tal manera que lo que estoy viviendo quede atravesado por esa experiencia que sigue siendo el fundamento de mi vida. (...) Cualquier valoración, cualquier decisión, cualquier opción, cualquier palabra debe ser compatible con esta experiencia, con esta relación, con esta amistad».

O, por ejemplo, cuántas veces, para nosotros, un hecho dramático o doloroso (tanto que uno puede decir: «Señor, ¿por qué no me quitas este peso?») sería incomprensible humanamente si no fuera la forma misteriosa a través de la que podemos ser conducidos a una familiaridad más profunda y amorosa con Cristo. «En esos momentos es la memoria del pasado, la memoria de tu historia —lo que pasó en tu vida, lo que hiciste a raíz de lo que te pasó—, es una memoria histórica lo que te salva; y te salva el resultado de esa memoria histórica que es la compañía que te rodea» (*Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milán 2016, pp. 470-471). Todos tenemos todavía en los ojos el testimonio de Jone del curso pasado. Ella pudo experimentar con sorpresa los signos de la presencia de Cristo porque la conciencia que tenía de sí nacía de una comunión a la que pertenecía y que —dentro de la dinámica de la fe— implicó introducirse en la relación con Cristo haciendo memoria de lo que Giussani le había testimoniado al vivir su enfermedad como vocación. El seguimiento de Giussani fue la posibilidad de experimentar la victoria de Cristo ahí donde estaba, en la UCI. Podemos reconocer así la verdad de la afirmación de la escuela de comunidad: «He aquí la *paradoja*: la libertad es depender de Dios» y añade: «de una manera humana, esto es, con una dependencia que se reconoce y se vive» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 152). Tanto es así que los médicos reconocieron en ella a alguien libre y en paz, con una fuerza de vida mayor que la de ellos, y por eso se acercaban a verla, aunque no pudiese hablar.

La experiencia de la comunión nos hace maduros en la fe. Y madurar en la fe no significa ser más autónomos y capaces sino concebirse totalmente dentro de una dependencia. Vivir de la fe coincide con seguir, hacer nuestro lo que se nos propone, por la credibilidad que reconozco en el testigo. Por lo que reconozco en él, de la mano del testigo, me abro a Cristo presente en mi situación. Solo se comprende dentro de una relación, siguiendo a otro, solo dentro de una comunión es posible participar en una experiencia que no nace de ti. Somos

llevados más allá de nosotros mismos, vivimos dentro del mundo –es decir, dentro de los mismos condicionamientos de todos, porque somos débiles como todos, no ajenos a las debilidades de todos– pero participando de la vida que Cristo nos dona.

Este amor, reconocido, aceptado, es lo que nos hace protagonistas de la historia.

3. La misión como dimensión de la vida

¿Cuál es el paso que tenemos ante nosotros? El nuevo paso es la conciencia de que ese Hecho con el que me he topado es la verdad más profunda de mí mismo. «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), dice san Pablo. Se trata de un cambio en la concepción de uno mismo. Es decir, el contenido de mi autoconciencia es el misterio de Cristo presente en la historia y que involucra a todas las personas que Él ha llamado conmigo. Cristo ha elegido tanto a ti como a mí, nos ha asimilado en su cuerpo para darnos vida, por eso somos una sola cosa: «Significa –dice Giussani– que la autoconciencia que tengo me incorpora a Cristo y al conjunto de los que él ha elegido, al misterio de la Iglesia, de esta *unidad real en la historia*» (*Una rivoluzione di sé*, p. 179).

Carras repetía incansablemente que la unidad es imposible para el mundo y que los demás podrán conocer quién es Cristo por el modo en el que nos amamos los unos a los otros. Esto es lo que hemos podido vivir en los últimos años teniendo al lado a Carras y Jone. Para ellos acoger (invitando a una cena o acompañando de la forma necesaria) coincide con acoger a Cristo presente. Por eso acogían a todos. Hemos visto cómo Cristo nos hace portadores de misericordia. Y este es un rasgo inconfundible de una presencia misionera. La comunión en toda relación y dentro de cualquier situación, pese a nuestro límite y pecado, es posible porque Cristo ha hecho de nosotros ya una sola cosa. ¡Qué gran misterio! ¡Y podemos verificarlo! Por eso es posible el perdón y, por eso, nuestras relaciones pueden ser fuente de paz. Esta es nuestra gran aportación al mundo en este momento dramático.

Quien vive con esta autoconciencia tiende a transformar todo lo que hace, a cambiar su forma de vivir, las relaciones que tiene. Este cambio, esta diversidad transformada, esta concepción nueva de todo –del amor, del límite, de la fecundidad, de la pasión por el trabajo– esta cultura nueva, es misión. No es una teoría nueva a aplicar sino la verificación personal de la fe, el fruto de seguir a otro que nos acompaña. Somos testigos de lo que nos hace vivir.

Esta es la fuerza de la memoria que permite estar disponibles a Cristo dentro de las necesidades, incluso pequeñas, que tenemos en nuestra vida y que vemos en torno a nosotros dentro de las circunstancias en las que nos llama, tal como son –las circunstancias como lugar de la vocación–, también en el trabajo. «Una laboriosidad que realiza lo sublime en la aparente banalidad de la vida más simple», decía Paccosi en los Ejercicios de la Fraternidad («La esperanza, dice Dios, sí que me asombra», p.51). Todo lo que hacemos puede ser precario y limitado a nuestros ojos, pero en el ofrecimiento a Cristo será la ocasión de algo más grande. Mi personalidad no está definida por lo que soy capaz de hacer, sino por mi pertenencia a Cristo. De ahí nace una mirada capaz de generar ámbitos de comunión,

implicándonos en la vida de los demás, compartiendo su vida con gratuidad, dentro del don de nosotros mismos que se convierte en anuncio, propuesta de vida. Mi experiencia de fe es una esperanza para los demás. Uno es testigo de la pertenencia que le hace vivir, de aquello que sigue. Recordemos lo que se preguntaba Azurmendi al ver el Encuentro Madrid: «¿Qué está pasando aquí?». O lo que me dijo un profesor de mi antiguo colegio: «Tienes que decirme cuál es tu secreto, porque para ti todo es importante, pero no dependes de lo que haces».

“Misión”, por tanto, no es hacer una actividad en lugar de otra: tu vida es misión. El problema, dice Giussani, «es el compromiso misionero de tu vida, tu compromiso misionero. *Tu vida es una misión* [...]. Si este sentido misionero (...) no lo tienes en tu casa, con tu mujer y tus hijos, con los amigos o con los colaboradores, no puedes tenerlo con la sociedad o la política, con la cultura o el trabajo. ¡No puedes tenerlo! En sentido inverso, puedes tenerlo allá, si lo tienes en tus relaciones elementales con la vida, allí donde es más duro, por lo menos aparentemente» (*Una rivoluzione di sé*, pp. 184-185).

Misión significa desear vivir como Cristo, identificarse con Cristo, es decir, vivirlo todo, allí donde estemos, con la «conciencia de estar allí como *enviados del Padre*. ¿Para hacer qué?» (p. 186). Para llevar, dice Giussani, «el hecho de Cristo y, por ello, la comunión cristiana» (p. 207). Cristo ha venido a nuestro encuentro para que nuestra vida tenga esta función, quede definida por esta finalidad, por esta tarea.

No hay tarea más bonita en la vida: «la vida ofrecida como “acto de amor, por las muchas almas de mis hermanos los hombres, por cuya felicidad murió el Señor Jesús, por cuya eterna felicidad el Señor Jesús me llamó consigo a dar mi vida... [...] Desde hace años no lloro más que por dos motivos: el pensamiento de la infelicidad eterna de mis hermanos los hombres y el pensamiento de la infelicidad terrena de los hombres, símbolo de la eterna. Jesús nos ha elegido para proclamar en el mundo su amor y la felicidad de los hombres: la felicidad grande e inenarrable que nos espera”» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, p. 13).

Entonces, si es verdad todo lo que estamos diciendo, vemos claramente que la misión no es un deber, menos aún un añadido, sino la fecundidad de una pertenencia, de la memoria vivida. Cualquier situación de sufrimiento, de pecado, de lucha, de responsabilidad, se nos propone para que respondamos: ¿crees tú que yo soy la resurrección y la vida? No se nos pide no fallar ni saber hacer bien las cosas, sino verificar ahí que Él es la resurrección.

Cuando en la Asamblea internacional nuestra amiga ucraniana y nuestra amiga rusa intervinieron una después de la otra, sin que estuviera programado, pudimos ver un pequeño signo de cómo la tarea de construir la Iglesia, asumida personalmente, contribuye a generar paz en el mundo. Un hecho imprevisto con el que el Señor nos ha mostrado que puede hacer lo que nosotros, con nuestros proyectos, no podemos imaginar.

Reconocer, por tanto, que Cristo tiene la capacidad de vencer en el instante que vivimos. Somos protagonistas de la pasión de Cristo por el hombre. Se nos dona como lo único necesario. Mendiga nuestro corazón y nos dice: «el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá (...) ¿Crees esto?» (Jn 11, 25-26). También dentro de este mundo. Por eso «el verdadero

protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre [a través las situaciones en que nos pone], y el corazón del hombre, mendigo de Cristo» (*Crear huellas en la historia del mundo*, p. 17).

Por eso la cuestión verdadera es: en el fondo de nuestro ser, de lo que hacemos, de lo que pensamos, de lo que decimos, ¿a quién respondemos? Cristo tiene la pretensión de juzgar toda la vida para hacerla plena. La pregunta entonces es: pero tú, ¿a quién sigues, a quién respondes de lo que vives, con quién estás en diálogo?, ¿cómo incide concretamente la vida de la comunión en lo que es más tuyo, en tu trabajo, en tus relaciones, en tus intereses, y no solo en los gestos del movimiento en los que participas? Esto sucede en un lugar concreto. Si no es así, con todas tus mejores intenciones, te respondes a ti mismo y basta.

Construir la Iglesia. No existe otra tarea más que esta: colaborar en la construcción de la Iglesia. Es la única manera en la que podemos hacer que nuestra vida sea útil para el mundo, colaborar en la felicidad de los hombres, en el bien común de nuestra sociedad. Construir la Iglesia, construir la comunidad o, por citar otra expresión de Giussani, «“hacer” la comunión» (*Una rivoluzione di sé*, p. 68).